Ex Libris

Russell Perry Sebold III

FL DRPS FA / 1072
0500773398

POESÍAS.

Sus colegas de El Contemporáneo le llamaban «Floro Moro Godo».

POESIAS

DE

DON FLORENCIO MORENO GODINO.

MADRID.—1862.

Imprenta de J. Antonio García, Almirante, núm. 7.

AL SEÑOR

DON JUAN GÜELL Y RENTÉ,

EN PRENDA DE AMISTAD,

El Autor
FLORENCIO MORENO GODINO.

MIS SUEÑOS.

Trinos de ave enamorados,
Murmullos de claras fuentes,
Arboledas,
Frescos rios argentados,
Praderías florecientes,
Auras ledas;

Blanca casa entre el follaje
Oculta del bosque umbroso
Y escondido,
Como suele entre el ramaje
De álamo verde y pomposo
Blando nido:

Son mis sueños de ventura,
Es la gloria mas cumplida
Que yo anhelo,
Adorando tu hermosura,
Gozando en tí, ¡oh mi querida!
Paz del Cielo.

¡Oh! ¡Ven, ven, amada mia,
Ven á los campos amenos,
Deleitosos,
Donde en perenne alegría
Corren los años serenos
Presurosos!

¡Cuán bello, en prado riente,
Tu blanco pie deslizara
Leve huella,
Como en Cielo trasparente
Se corre rápida y clara
Una estrella!

¡Cuán grato fuera vagar
De la selva en la enramada
Silenciosa,
Á tu lado, y escuchar
De ruiseñor la tonada
Armoniosa!

¡Cuán dulce ver en la tarde
Embalsamada del mayo,
En la colina,
Del sol el último alarde,
Y el tibio naciente rayo
De Lucina!

¡Susurros entre las flores
Oir de auras intranquilas
En el prado,
Los cantos de los pastores
Y el ruido de las esquilas
Del ganado!

¡Oh! Ven, alma de mi alma;
Ven á los tendidos prados,
Deleitosos;
Vuelve á mi vida la calma
De sus abriles pasados,
Venturosos.

Ven, que yo tengo torrentes
De amor, que nunca se agotan,
Y me inspira
Tu beldad cantos ardientes
Que solo para tí brotan
De mi lira.

Yo te arrullaré con ellos
Si, con lánguida pereza,
El sueño blando
Se posa en tus ojos bellos,
En mi pecho tu cabeza
Descansando.

Yo de dos olmos mayores,
De la orilla, suspendiendo
En el estío
Tu hamaca de cien colores,
En ella te iré meciendo
Sobre el rio:

En abril fragantes rosas,
En otoño las endrinas
Violadas
Te daré, y moras sabrosas
De entre punzantes espinas
Arrancadas:

El nido que el oropéndola
Cuelga y mece sin descanso
De los pinos;
El ave que encanta oyéndola,
Y los peces del remanso
purpurinos:

La leche de las corderas,
Tierno queso, los panales
De la miel,
El blanco pan de las eras
Los sazonados frutales
Del vergel.....

Mas ¡ay! ¡Dónde me arrebata
Mi mente, que ansiosa pinta
En su ilusion
Prismas de zafir y plata,
Que dora en mágica tinta
La pasion!

El sediento peregrino
Con la memoria asi engaña
Su amargura;
Ve el manantial cristalino
Y bebe en él y se baña
En la onda pura;

Y asi yo vivo en mis sueños
Que el viento me roba en breve
Del dolor....
¡Ah! ¡Sin los campos risueños
Pasar mi existencia debe.....
Y sin tu amor!

SONETO I.

EN LA TRASLACION DE LOS RESTOS DE NAPOLEON.

¿Dónde llevais en pompa mortuoria
Ese soberbio féretro ostentoso?
No encerreis entre muros al coloso
Que abarcó el mundo y que llenó la historia:

No profane su tumba y su memoria
El bullicio de un pueblo veleidoso;
Su voto no cumplais, voto engañoso,
Hecho un momento en que olvidó su gloria.

¡Llevadle de los Alpes á la cumbre,
Do apenas alza el águila su vuelo
Del astro rey para beber la lumbre,

Ó ya de Libia el abrasado suelo:
Al que fué sol tambien, que el sol le alumbre,
Al que el Cielo tocó, cúbrale el Cielo!

HISTORIA DEL AMOR.

EN UN ALBUM.

El alba nace, y con su luz primera
Los montes, prados y colinas dora,
En plata entorcha la azulada esfera,
Riza las aguas y en las flores llora:
El sol pule la rubia cabellera
Por mostrarse galan ante la aurora;
Sale en pos de ella, y todo lo ilumina
Rayos vibrando de su faz divina.

Asi en la juventud, cuando la pura
Veste dejamos de la infancia bella,
La nueva aurora del placer fulgura
Y en nuestro corazon clara destella:
El sol de amor, radiante de hermosura,
Benéfico ilumina nuestra huella,
Y al admirar su lumbre embebecidos
De gozo se estremecen los sentidos.

Entonce un ángel desde el alto coro,
Bello como la luz de la mañana,
Desciende en vuelo rápido, sonoro,
Del sol entre la lumbre soberana;
En rico vaso de zafiro y oro
La esencia lleva del amor temprana,
Y nos la dá del agua en la dulzura
Ó entre el aroma de las flores pura.

Esencia de los Cielos desprendida,
Inefable placer brinda del Cielo,

Y todo es gozo y paz; júbilo y vida,
Luz los espacios, y verdura el suelo:
Al gozo que presiente, estremecida
El alma vuela en incesante anhelo
En pos de la pasion, que la esperanza
Pinta entre gloria y perenal bonanza.

Casta en su orígen, y despues rugiente
Volcan que tala el pecho enamorado
Entre zozobra y celos, dulcemente
Nos brinda la pasion néctar preciado;
Luego conmueve en ansiedad ardiente
El corazon, que en ella enagenado,
Estático en el fuego en que delira,
Llora de gozo, y de placer suspira.

Entonces ¡ay! el desengaño llega,
Y cuando el alma su placer alcanza,
La pura flor de la ilusion doblega,
Agota el manantial de la esperanza;

Roto el cendal que nuestros ojos ciega,
Al último vislumbre que amor lanza,
Miramos, y á sus pálidos reflejos,
Gloria, ilusion y amor volar al lejos.

Asi tal vez, si en la serena tarde
Vírgen cuadrilla de zagalas bellas,
Tejiendo danzas en festivo alarde,
Los campos bordan con lijeras huellas,
Súbito el sol se nubla, el cielo arde,
Ruje la tempestad, y entonces ellas,
Del trueno al ruido y al fulgor del rayo,
Tímidas huyen en mortal desmayo.

¡Oh llama celestial! ¡Oh fuego santo
Que conmueves los cielos y la tierra!
¡Trasparente fanal lleno de encanto
Donde la esencia del placer se encierra!
¡Dulces suspiros, venturoso llanto,
Paz inefable, generosa guerra!

¿Por qué en el corazon cruzais perdidos
Que os goza apenas cuando ya sois idos?

¡Oh Tisbe! Tú que en plácidos amores
El alma vírgen candorosa enciendes,
Mariposa gentil, rica en colores,
Que con alas de vidrio el aire hiendes,
Y al ver la luz y al admirar las flores
Embebecida en ellas te suspendes:
¡Huye la llama y su engañoso fuego!
¡Huye la flor que se marchita luego!

EL CANTARO ROTO.

—Niña, ¿á qué viene ese duelo?
¿Qué tienes que tan llorosa
Suspiras mirando al suelo
Y te tapas vergonzosa
La cara con el pañuelo?
—Madre... Cuando el alba ví
Me fuí por agua cantando.
¿Quién me diria ¡ay de mí!
Lo que iba á pasarme cuando
Por agua á la fuente fuí?
Junto al pilon, madre mia,
Hallé sentado á un zagal:
Quince mayos no tendria...
No he visto zagal igual
En toda la serranía.

Mientras llené en la corriente,
Como el pastorcito estaba
Inclinado hácia la fuente,
Yo... sin querer... le miraba
En el agua trasparente.
Tenia rubios cabellos
Que le colgaban en rizos,
¡Y eran sus ojos tan bellos!
¡Azules y antojadizos!...
¡Ay madre, qué ojos aquellos!
Pidióme de beber... yo...
Alcé el cántaro en mis brazos,
Y... no sé lo que pasó,
¡Que el cántaro se quedó
En la fuente, hecho pedazos!

SONETO II.

DESPEDIDA.

Rompiendo el Bétis con la istriada quilla,
Dejando en él la luminosa estela,
Armada nave hácia el Oriente vuela
Abandonando la imperial Sevilla:

El rio mansamente se la humilla,
Besa favonio su sonante tela,
La sigue el pez, y en dulce cantinela
La saludan las aves de la orilla.

¡Oh! ¡Quién pudiera por su bien seguiros,
Prendas amadas, como el pez y el ave,
Ó cual os siguen ahora mis suspiros;

Y dichoso arribar en esa nave
Bajo el cielo que en trémulos zafiros
Iluminó vuestra niñez suave.

¡AMOR!

IMITACION DE ESPRONCEDA.

El Espíritu-Dios, en la nada,
¡Amo! dijo; y la inmensa creacion
Á su voz poderosa inflamada,
La espesa tiniebla del caos desgarró;

Y fué el sol y la luna, y fué el mundo
Que eslabona otros mundos sin fin,
Y á tí, *amor*, su cimiento profundo,
Su belleza y galas te deben á tí.

Tú conmueves sus ondas estrañas,
Rio eterno de inmenso caudal,
Y en tu ardiente fluido los bañas
Y ciñes el cielo y la tierra y el mar.

Es tu aliento el aliento divino,
Es tu orígen el seno de Dios,
Y tu voz es la voz del destino
Que á los mundos todos sus lindes marcó.

En colores y formas distinto,
Sin principio en tu vuelo ni fin,
En toda alma, y lugar y recinto
Mas que el pensamiento penetras sutil.

En las alas del mayo desciendes,
Con la sávia á los árboles vas,
Con el éter al zénit asciendes
Y bajas envuelto en el gérmen al mar.

Das al lago su mágica comba
Columpiándole en suave vaiven,
En el aire deshaces la tromba
Y bordas en nácar del Cielo el dosel.

En el prisma en colores te quiebras,
La luz partes en átomos mil,
Y te ocultas del sol en las hebras
Y das á las aguas color del zenit.

Tú á la sierra sus nieves regalas,
El rocío á la aurora al nacer,
Al marino su rumbo señalas
Benéfica estrella guiando el bajel.

En tí tiene la fé fundamento,
Tú iluminas del sabio el crisol,
Y le esplicas del mundo el portento
Y el hondo designio del Sumo Hacedor.

Tú su canto á las aves del Cielo,
Tú su música al viento fugaz,
Tú sus algas al manso arroyuelo,
Sus perlas y conchas pintadas al mar.

Tú penetras del pez las escamas,
Al coral das esmalte y valor,
Fecundizas las ovas y lamas
Y en piedras preciosas encierras al sol.

Tú serenas la horrible tempesta,
Blanda lluvia la tornas quizá,
Y á los montes, al prado y floresta
Mecido en el iris sonries de paz.

Y estas mil maravillas sin nombre
Tus mayores portentos no son:
En el alma agitada del hombre
Tú tienes tu Alcázar de gloria mejor.

Tú de niño en la cuna le meces,
El materno cariño le das,
Con la risa su labio embelleces
Y enjugas el llanto que vierte su afan.

De la infancia en los años risueños
Le revelas la edad juvenil,
Y le encantas con mágicos sueños
De inefables goces que vislumbra en tí.

Y luego ¡Oh!... Á torrentes la vida,
La esperanza derramas en él,
Y tu esencia en su pecho se anida,
Fuente inagotable de intenso placer.

Tú el suspiro le das vagaroso,
La inquietud del amor ideal,
Y el anhelo sin fin ni reposo
Del bien que cercano presiente quizá.

Tú haces casto, purísimo, sincero,
El deseo al nacer la pasion,
Das la gloria del beso primero,
La dulce tristeza del último adios.

Redondeas el seno materno,
Ruborizas la sien virginal,
Y aquel gozo nos das puro, eterno,
Del hijo primero que ve nuestro afan.

Del malvado en el alma murmullas
Y del bien le revelas la luz,
Su reposo agitado le arrullas
Con cándidos sueños de la alma virtud.

Tú consuelas con gratas memorias
Al ausente del suelo natal,
Le recuerdas su dicha y sus glorias,
La dulce familia, la patria, el hogar.

Tú las tumbas con llanto humedeces,
Las sombreas de mústio ciprés,
En recuerdo al anciano apareces
Y acaso al sepulcro le sigues tambien.....

¡Oh! Si un dia tu esencia divina
Pierde el mundo que vive por tí,
Le verás desplomarse en ruina,
Volver á su orígen llegando á su fin.

Tú verás marchitarse los prados,
Deshacerse del Cielo el dosel,
Y los astros rodar despeñados,
Chocar los planetas con rudo vaiven.

Tú verás el espíritu inmenso
Absorber la insondable creacion,
Y envolveria otra vez en el denso
Velo impenetrable, que un tiempo rasgó.

Mas ¡qué importa! Otro sol, nuevos mundos
Brotarán de la nada otra vez,
Que á tí, *amor*, sus cimientos profundos,
Su belleza y galas te deban tambien.

RECUERDOS.

¡Cuántas veces sentado tristemente
Del edetano mar en la ribera,
Si atravesar el horizonte al lejos
Via de un pescador la rauda vela,
Mi pensamiento en ella me creaba
De una hermosa mujer la forma esbelta!
¡Cuántas otras, absorto contemplando
La silenciosa luz de las estrellas,
En las errantes nubes que cruzaban
Aquella limpia y trasparente esfera,
De una mujer la deliciosa imágen
Me fingia tambien!... Mi mente inquieta

Dábala formas y color y vida,
Y siempre pura, candorosa, bella,
Era cual tú, mi bien; era tu imágen,
Eras ¡oh Tisbe! tú, cual te presentas
Siempre á mis ojos, realidad divina
De mis sueños de amor: es, que incompleta
Mi alma agitada, hasta encontrar la tuya
No concibió su celestial esencia.

EN LA MARGEN DEL TAJUÑA.

¡Oh! Tú que fuiste al pecho enamorado
Mas que el cítiro, al balador cordero
Dulce, y mas que el aliento regalado
Del céfiro á las flores del Otero,
Oye este último canto en que grabado
Dejar mi amor y mis desdichas quiero:
Él á mi muerte servirá de historia
Y de remordimiento en tu memoria.

Cual clara fuente que manó entre flores,
Y corriendo entre orillas de esmeralda
Deslízase en arroyos bullidores
Que al monte bordan la gigante falda,

Y el bosque argentan, vívidos fulgores
Recibiendo del sol, del campo gualda,
Besos del ave, alfombra en la pradera;
Como esa fuente asi mi edad primera.

¡Oh dulce edad que en dulces fantasías
Viene á agitar mi corazon llagado;
Gratos recuerdos de mejores dias,
Contraste horrible del presente estado!
¡Oh corazon que entonces sonreias
Y eras como el armiño, inmaculado!
¿Quién del sol de tu infancia la luz pura,
Quién la fuente empañó, quién su tersura?

Tú, ¡oh Tisbe! con un beso ¡ay! En mi frente
Le imprimiste una tarde, y vino luego
Á encender en mi espíritu inocente
La primer chispa ¡ay mí! de mi amor ciego.
Yo era muy niño aún; tú adolescente,
Ya de la edad nubil el vivo fuego

Sentias, y sus llamas contagiosas
Tu suave labio me las dió entre rosas.

Al modo que aérea silfa apenas toca
Las puras aguas al cruzar el rio,
Así aquel beso de tu dulce boca
Resbaló apenas sobre el rostro mio;
Mas ¡ay! bastó para mi mente loca
Llenar de misterioso desvarío:
Inquietud vaga que, aumentando luego,
De mi vida feliz turbó el sosiego.

Y aun en la edad en que el alegre niño
Corre tras la pintada mariposa,
Y solo ansiando el maternal cariño
Sobre el regazo maternal reposa,
Yo de la infancia el candoroso armiño
Perdí, y la paz de mi inocencia hermosa:
Águila jóven fuí que al Cielo sube
Para tocar sus plumas en la nube.

Amé primero al sol; amé la llama
Que al declinar el zénit arrebola;
Amé el suave perfume que derrama
La flor cuando desplega su corola;
El noble potro que paciendo grama
Bate el hijar con la ondulante cola
Cabe el Guadalquivir, y embebecido,
Del arpa del poeta amé el sonido.

Despues, absorto de la antigua historia
En las eternas páginas, ardia
Mi pecho juvenil, y sed de gloria,
Insaciable ambicion me consumia;
De una hazaña á otra hazaña mi memoria,
De uno en otro deseo discuria,
Y remontando el pensamiento loco,
Ya... hasta la luz del sol la tuve en poco.

Mas te ví... Y los ensueños celestiales
Del alma y los ardientes devaneos,

Hallando vida en tí, se hicieron reales:
Término fuiste tú de mis deseos.
¿Qué del saber los triunfos inmortales,
Qué las bélicas palmas y trofeos,
Qué gloria hay en el mundo comparada
A la ilusion del alma enamorada?

Luz de la luz del Cielo desprendida,
Velada en nubes de amaranto y grana;
Ave de gayas plumas que se anida
Entre una rosa en la floresta indiana;
Perla de Visapur aun escondida
En el fondo del mar; poma temprana;
Oásis perdido en oriental desierto.....
Tal fué mi amor mientras vivió encubierto.

La abnegacion servil con que el romano
Gladiador ante el pueblo se humillaba;
La lealtad del noble al soberano,
Que de ella un tiempo su blason formaba;

El amor por la hermana del hermano;
La adoracion sumisa de la esclava
Al señor que le dá su mano y lecho:
Todas por tí las concibió mi pecho.

Mis ojos en tus ojos se miraban,
Y mi alma toda en tus pupilas vian;
Absortos mis sentidos se embriagaban
Si el suave acento de tu voz oian;
Paz tus palabras para mí manaban,
Mieles tus labios para mí vertian,
Mieles libadas entre el llanto mio,
Llanto de amor, del corazon rocío.

Y tú en tanto, cruel, desvaneciste
Los ricos prismas de mis sueños de oro:
Mujer sin corazon, tú que me diste
Con tasa el gusto, sin medida el lloro;
¡Ah! Quizá si me escuchas sonreiste
Imaginando acaso que aun te adoro...

No, de mi juventud génio enemigo;
¡Maldita!... ¡Oh! No, jamás... ¡yo te bendigo!

Bendita, sí; bendita una y mil veces
Génio de bendicion, ángel divino,
Que al cruzar por el mundo te envileces,
Manchas las plumas y el nevado lino.
¡Ay! Si ahora apuro las amargas heces
Del cáliz del dolor, ese es mi sino;
Es que tal vez se afana mi deseo
En pos de un imposible devaneo.

Tambien entonces la coyunda impía
Quise romper, que á tí me encadenaba,
Mi labio sin cesar te maldecia...
Pero mi corazon te idolatraba;
Y fué tal mi pasion, tal la sentia,
Que aun á tus mismos ojos la ocultaba...
Á los mios tambien, que en mis desvelos
Aun de mi mismo amor yo tuve celos.

Esbeltas aves que á la nieve pura
Debeis el nombre y anunciais la nieve,
Y en este rio que al pasar murmura
Pulís ufanas vuestra pluma leve;
Vosotras que escuchais mi desventura
Á sus rejas volad, volad en breve;
Decidla... que el peñon que mi pie huella
Es menos duro á mi tormento que ella.

¡Oh Tisbe! ¡Oh dulce amor! ¡Oh gratas horas
Que á tu lado pasé, tardes serenas,
Mañanas del abril encantadoras
De tu hermosura y mis amores llenas!
¡O alma mia infeliz, que há tanto lloras
El bien perdido y las presentes penas,
Sal de una vez y exhálate en el viento
Con este triste y postrimer lamento!

TÚ Y YO.

Tú eres la musa, yo soy la lira;
Tú eres la sávia, y el árbol yo;
Yo soy el campo que el sol fecunda,
Tú eres el sol.

Yo soy el nido, tú eres el ave;
Yo soy la ola, tú eres el mar;
Yo soy la mente que ideas brota,
Tú el ideal.

Yo soy la tierra, tú eres el Cielo;
Yo soy la sombra, tú eres la luz;
Yo soy el cuerpo que al alma encierra,
El alma tú.

SONETO III.

Á UN JARDIN DONDE ACOSTUMBRABAN Á JUGAR UNAS NIÑAS.

¡Bello jardin, desnuda tu enramada
De aquella pompa que gozar solia,
Ni entre tus hojas pajarillo pia,
Ni te estremece el aura embalsamada!

La flor de su hermosura despojada
Abate el cáliz donde el Rey del dia
Enamorado lágrimas bebia
De la aurora gentil su enamorada;

Pero no cedas en mortal desmayo
Del aterido invierno á los rigores,
Ni el dulce bien de tu esperanza rindas:

Hasta que vuelva á engalanarte el mayo
Siempre ¡oh jardin! te quedan esas flores
Mas que las otras que perdiste lindas.

A MI MADRE.

¡Ah! Ni una tumba en mi orfandad me queda
Donde gemir mi mísera orfandad,
Donde escuchar entre la muerte pueda
La sacrosanta voz de la verdad.

El túmulo que guarda tus despojos
No tiene cruz, ni losa, ni inscripcion
Donde el viajero al detener los ojos
Te consagre un recuerdo, una oracion;

Donde el aura susurre una plegaria
Al deslizarse en el espacio azul;
Donde cuelgue una vírgen solitaria
Su blanco velo de flotante tul.....

Mas tú tienes sepulcro. ¿Á qué me aflijo
Si vives en mi tierno corazon?
¡Y vale mas el corazon de un hijo
Que el mármol del soberbio panteon!

AL SOL.

¡Sol! Espléndido sol, viviente hoguera
Por la mano de Dios alimentada;
Rey inmortal de la celeste esfera
Al claro fuego de tu luz bañada;
Absorta mi mirada
Á tu esplendor sublime se deslumbra,
Átomo ante tu vista me contemplo;
Pero rauda mi mente
Al espacio se encumbra,
Templo divino de tu disco ardiente.

¡Cuánto te admiro, oh sol! Ora sereno
Del oloroso mayo en la alborada,

De resplandores lleno
Los campos bañes de tu lumbre amada;
Brillas, y en la enramada
Con alegría suma
Pulen las aves la caliente pluma;
Revienta el grano en las espigas de oro;
Salta el rio sonoro;
El cáliz coronado de rocío
Despierta la flor trémula; germina
La rica piedra en la abrasada mina,
Y por verte en el Cielo
Altiva la condor remonta el vuelo.

¡Cuánta es mi admiracion, ora escondido
Entre el fúnebre velo de las nieblas
El mundo enlutes, que tu ausencia gime,
Si súbito, encendido,
Rasgando las tinieblas,
Te presentas sublime!
¡Cuál en su gozo late
El corazon ardiente del poeta

Al verte aparecer como el atleta
Vencedor entre el polvo del combate!

Quieres reinar, y el Cielo es tu palacio
Y el iris tu dosel; embebecida,
Rey y señor la creacion te aclama;
Quieres velar tu llama
Tal vez cansado de tu gloria suma,
Y como tú gigante,
Hasta tí llega el mar ondisonante;
Lechos te brinda de cristal y espuma;
Tú en su seno te meces,
Y en medio de las olas resplandeces.

Te vé el ateo, y duda... é ilumina
Su mente tenebrosa
Tu luz, reflejo de la luz divina:
Te ve el creyente, y ama
Al Dios que en tí su majestad derrama.

¿Y qué? ¿Materia inerte
Serás ¡oh sol! sin pensamiento y vida?
Dios, que á la raza humana
Que se arrastra á tus pies sobre la tierra,
Animó con la ciencia soberana
Que en su insondable espíritu se encierra,
A tí ¡oh sol! tan magnífico, tan bello,
¿Ni un pálido destello
De su mente inmortal? Y eres tan solo
Faro gigante en el zénit colgado
Para alumbrar un polo y otro polo...

¡Ah, quién sabe! Quizá broquel viviente
Del Dios de Jericó, por él cercado
Del fuego de sus iras celestiales
Inmóvil te dejó y encadenado
Por recordar su enojo á los mortales:
Tal vez ángel precito
En antes que Satan, en la alta cumbre
Expiarás tu bárbaro delito
Ardiendo entre los rayos de tu lumbre.

¡Y cuánto desde allí, cuánto en el Cielo,
Cuánto en los orbes que tu luz corona,
Anciano de los siglos, tú sondeas!
La candente mirada
Sobre la inmensa creacion paseas,
Que en infinitos mundos se eslabona;
Tú en la gélida zona,
Rompiendo el muro frio,
Único acaso que el mortal no aterra
Tras de su espacio terso,
Ves los lindes finales de la tierra
Y el principio quizá de otro universo.

Fijo allí é inmutable
Como el génio de Dios en el altura,
En polvo deleznable
Has visto hundirse pueblos y naciones,
Y cien generaciones
Á la nada volver; bajo sus huellas,
Nacer otras y hundirse como aquellas.

. . . . . .

Tú has visto indiferente
Tiranos mil el orbe destruyendo,
Á Alejandro en Arbela,
Á César en Farsalia,
En Austerlitz al génio de la Gália:
¡Solo cuando miraste
Al Cristo en el Calvario,
Tras de cárdenas nubes te velaste!

¡Cuánto en la edad pasada,
Cuánto en el porvenir verás acaso
Hasta el postrer ocaso
De tu divina luz!... Vastas regiones,
Emporio del saber y la opulencia,
Á la barbárie tornarán llevadas
Por el esceso mismo de su ciencia;
El antiguo hemisferio que vacila
Con sangrientas legiones
Devastará otro Breno ú otro Atila:
El porvenir del mundo
Naciendo en las riberas apartadas

Dó Marañon profundo,
Coloso de los rios espumante,
Olas flamirrolladas
Impele aun mas allá del mar de Atlante.

Mas... Cuando llegue el dia
Último de los tiempos; cuando rompa
El aire el son de la terrible trompa,
Y rueden tremulantes
Los astros de sus ejes de diamantes;
Cuando el postrer rugido
Lance el mar, tantos siglos oprimido,
Salvando el dique que su furia encierra,
¡Vé!! te dirá el Señor con voz potente:
Entonces obediente
Avanzarás ¡oh sol! hácia la tierra...
¡Y tú que la das vida,
La dejarás en fuego consumida!

SONETO IV.

Desde el fresco terrado de una quinta,
Sombreada de olmos y robustos pinos,
Cuando al morir el sol en los vecinos
Montes, derrama su postrera tinta,

Del manso rio la argentada cinta,
De las aves del Cielo alegres trinos
Estático admiraba, y los divinos
Colores de la flor que el mayo pinta;

Al lado mio, tierna sonreia,
Gozosa como yo mi dulce dueño,
Y yo al ver su beldad me embebecia:

Fuí á darle un beso en amoroso empeño,
Y entonces ella y campos y alegría
Todo despareció... porque era un sueño.

LA FLOR DE MI VENTANA.

Crecia en el dintel de mi ventana
Purpúrea, suave y delicada flor,
Al viento dando, espléndida y lozana,
Tesoros mil de perfumado odor.

Era una rosa: su modesto broche,
Cuyos colores envidió el zafir,
Triste plegaba en la callada noche
Para volverle en la mañana á abrir.

Buscábanla las sueltas mariposas
Abandonando el delicioso andel,
Y el rocío sus perlas mas hermosas
En su capullo atesoraba fiel.

Leves favonios la besaban suaves,
Dábala el alba sus reflejos mil,
Y celos dando á las pintadas aves,
La enamoraba el ruiseñor gentil.

Cuando salí de la risueña infancia,
Henchido el pecho de inocencia y paz,
Por vez primera su inmortal fragancia
Me trajo el viento en su rumor fugaz.

No sé cuándo nació, no sé qué maga
Hizo brotar de mi ventana al pié
Aquella flor que, deliciosa y vaga,
De aves y vientos el encanto fué.

Yo ví nacer de entre la tosca yedra
Que al alto muro se agarró tenaz,
El verde tallo que prendió en la piedra
Cual sobre el suelo de jardin feraz.

Ví sus brillantes y purpúreas hojas,
De su cáliz el fúlgido arrebol,
Donde la llama de sus tintas rojas
Reverberaba en la mañana el sol.

¡Oh! Desde entonces talisman divino
Fué aquella rosa, compañera fiel
Que matizó mi desigual camino
Su grato aroma derramando en él.

Y en vano el sol del ardoroso estío
Marchitar quiso su simpar verdor,
En vano raudo el huracan bravío
Quiso del tallo separar la flor.

Las brisas del otoño la halagaban,
Mecíanla los céfiros de abril,
Y los soberbios ábregos dejaban
Intacto el tallo de la flor gentil.

La ví y la amé; su tímida hermosura
De dulce paz mi corazon llenó,
Y en vagos sueños de ideal ventura
Mi mente embebecida deliró.

La gloria me brindaba sus delicias
Mi frente orlando de inmortal laurel,
Y deliraba un Cielo en las caricias
De una beldad enamorada y fiel.

¡Oh! Mientras ella perfumó mis rejas
Su grato aroma derramando allí,
Nunca escuché del padecer las quejas,
Los dulces cantos de la dicha sí.

¡Ay! ¡Cuántas veces contemplé estasiado
La verde pompa de sus hojas cien!
¡Cuántas besaba el pétalo dorado
Con que adornaba su inmarchita sien!

¡Con qué placer sentado á mi ventana,
De tíbia luna al fugitivo albor,
La ví mecerse cándida y lozana
Como un recuerdo del primer amor!

Y embebecido con su grata esencia,
Soñando dichas que acabaron ya,
Corria mi tranquila adolescencia
Como el arroyo que entre flores va.

Despues llegó del padecer el dia,
La amarga copa del dolor gusté;
Mas siempre conservaba el alma mia
De otro mas bello porvenir la fé...

Mas una noche en mi tranquilo lecho
Vago presentimiento me asaltó;
Sentí oprimirse mi agitado pecho,
Inquieto en él mi corazon latió:

¡Ay! Soñé que una mano blanca, hermosa,
La mas hermosa que en el mundo ví,
Quebraba el tallo de la linda rosa,
Toda su gala destruyendo así.

Herida el alma desperté turbado,
Quise gritar, y me faltó la voz;
De dolor lleno, de razon privado,
Hácia la reja me avancé veloz.

La abrí á la hora en que al nacer el alba
Su luz derrama en el espacio azul,
Y las blancas palomas la hacen salva
Saliendo de sus nidos de abedul,

Busqué inquieto la rosa solitaria,
Nada quedaba de la flor allí;
¡Ay! Solo en silvestre parietaria
El seco tallo columpiarse ví.

Los vientos de la noche la arrastraron:
Dónde su impulso la llevó, no sé:
Ni los mústios despojos me quedaron
De la que encanto de mi vida fué.

Y no la he visto mas... Desde aquel dia
Surca mi frente perenal dolor...
¡Que era la flor de la esperanza mia
Aquella dulce y delicada flor!

DESEO E IMPOTENCIA.

Rumores de la tarde, murmullo misterioso
Que elevan aire y agua, pájaro, campo y flor,
Cesad, cesad; ya llegan las horas del reposo,
Las horas de los sueños, las horas del amor.

Ya la rápida alondra vuelve al calor del nido,
El balador cordero ya torna á su redil,
De una campana cruza los prados el sonido,
Me traen la voz del *Angelus* las auras del abril.

Yo aquí, solo, en la orilla del turbio riachuelo,
Con lánguida indolencia tendido en un peñon,
Miro cárdenas nubes encapotar el Cielo;
Siento ideas crueles herirme el corazon.

¡Oh! Sea: no hay herida á que mi pecho esquive;
¡Feliz si yo pudiese en mi dolor cebar
Al alma que en la sombra y en el letargo vive:
¡Oh! Si al menos pudiera con mi dolor gozar!

Abiertos mis sentidos á inmensas impresiones,
Ardiendo en devaneos mi frente juvenil,
Mi corazon vacío no siente las pasiones;
De vida en él torrentes desbordan mil á mil.

El génio sus sublimes arcanos me revela,
Sus aplausos la gloria, sus goces la ambicion,
Mi pensamiento errante por los espacios vuela
Perdido en Occeanos de vida y de ilusion.

Y mas grande que el génio, mas grande que la gloria,
Símbolo misterioso, límite del placer,
En medio de estos sueños que abrasan mi memoria
Sin par en perfecciones descuella la mujer.

Y entre sonrisas mútuas y quejas y suspiros
Alcanzo los ardientes misterios del amor,
Bajo un Cielo sembrado de trémulos zafiros,
Sobre alegres campiñas de perenal verdor,

Al linde los valles, al borde de las fuentes,
Vagando por los bosques que matizó el abril,
Ó bien sobre los rios siguiendo sus corrientes
En el batel llevado del céfiro gentil.

Mas luego, cuando henchido de vida y poderío
Pretendo mis fugaces ensueños realizar,
Hallo en mi pecho yerto el corazon vacío,
Templo que cae en ruinas sin ídolo ni altar.

. . . . . .
. . . . . .

Si cruzo por los prados, sorprendo los amores
De la perdiz celosa y de la alondra fiel,
Y del sol en los rayos, insectos de colores
Miro brillar gozosos y enamorarse en él;

Y aquí en la superficie del riachuelo hondo
Veo á la valisueria mecerse y esperar
La flor, su dulce amante, que crece allá en el fondo
Y sube enamorado su amante á fecundar.

Los brutos y las aves, las plantas y las flores,
Los libres habitantes de la honda de cristal,
Todos se aman y sienten y gozan sus amores,
Todos de amor se animan al soplo germinal.

Todo de amor sonríe: del prado la esmeralda,
Las aguas de los rios, del Cielo el pabellon:
Yo solo sin amores; ¡ay! ¡mi megilla escalda
El llanto de impotencia que vierte el corazon!

¡Ay! ¡Triste del que el alma inerte ya y marchita
Comprende los placeres que nunca gozará!
¡Ay del que sus sentidos hácia el placer escita
Mas sabe que en el alma solo el placer está!

Incomprensible arcano que minas mi existencia,
Principios encontrados que combatís mi sér,
¿De dónde los deseos, de dónde la impotencia,
Por qué encuentro el hastío donde sueño el placer?

¡Señor, tú que animaste las cosas y los séres;
Tú que de amor inundas la inmensa creacion,
Házme, Señor, que sienta: dáme llanto y placeres,
Ó rompe y pulveriza mi inerte corazon!

LA BATALLA DE GUADIX.

Al ocultarse el sol tras la alta sierra
El africano Alí llegó á la Alhambra:
Al verle el Rey, le dice con mesura
Mas con turbado acento: —Alí, ¿qué causa
Ora pudo traerte, abandonando
Á Almanzor y á las huestes de Granada?
—¡Oh gran Alboacen! La mas gloriosa,
Para tí la mas dulce, y la mas grata,
La que timbre ha de ser de mil valientes,
Y del imperio granadino fama;
El vasto campo de Guadix lo diga,
Regado con la sangre castellana,
Y dígalo tambien el alborozo
Que siento al darte la noticia fausta.

—Por ella luengos años de ventura,
El profeta de Dios te dé sin tasa,
Igual á la que el alma me enagena
Y de placer mi corazon dilata.
¡Oh tú, sublime Alá, que desde el Cielo
Das el laurel que los valientes aman,
O la muerte y baldon; tú que hoy quisiste
Mostrar tu omnipotencia soberana
Los rayos fulminando de tus iras
Contra el impío que tu nombre ultraja;
Tú ves mi corazon, ves que no solo
La propia gloria de placer le inflama:
No, que mil veces más tu gloria anhela
El que humillado á tí te rinde gracias!
Mas cuenta, Alí: ¿sangriento fué el combate,
Costónos mucho la victoria? Habla;
Gozosos escuchemos de tu labio
La afrenta del infiel, vuestras hazañas.
—Ellas han sido tantas y tan grandes
Que en vano intentaria celebrarlas
Dignamente mi voz; y asi, tan solo
Los trances te diré de la jornada...

No bien el sol con sus primeros rayos
El llano estenso de Guadix doraba,
Cuando en marcial alarde ante nosotros
La hueste del infiel forma en batalla:
Eran hasta ochocientos caballeros,
Prez de Castilla y sus mejores lanzas,
Al mando del Maestre de Santiago
Y de Don Diego de Giron y Vargas.
Almanzor, al combate apercibido,
Ordena de igual modo sus escuadras,
Y la una y otra hueste ansiosa espera
La señal de la lid ardiendo en saña.
¡Oh noble Alboacen! ¡Cómo espresarte
El guerrero espectáculo que exalta
Mi pecho todavía! Digno fuera
De Hodeil, que en lira de armonías gratas
Del valeroso Antár cantó la gloria
Que aún llena los desiertos de la Arabia.
Á la derecha mano los soberbios
Infieles escuadrones se ostentaban,
Y erizados de acero, parecian
Los mónstruos de los mares de mi patria,

Que en el convado lomo de las olas
Á los rayos del sol lucen su escama.
Al lado opuesto nuestra heróica hueste,
Rica en arneses si en colores vária,
Fingíame tendida sobre el llano
La toca de un emir, de oro bordada.
En tanto el rojo sol al zénit trepa
Y en rayos luminosos se derrama,
La arena inunda de esplendentes tintas
Y en los bruñidos petos las retrata;
Relumbran los paveses, las garzotas
Ondean por las brisas agitadas;
Irradian en el aire los aceros,
Centellean en él, en luz le esmaltan,
Y al retemblante estruendo que sus pomos
En los arzones al chocar levantan,
Los briosos corceles piafando
Espuma arrojan y los frenos tascan.
Por fin suenan las trompas enemigas,
Tu hijo vibra el alfange, eleva el asta
Del sagrado pendon; nuestros lelíes
Responden á las bélicas tonadas

Del fiero castellano; rienda suelta
La suya y nuestra hueste se adelantan,
Y con ímpetu igual al que horroroso
Desplega el Simoú cuando rebrama
En el desierto, enmedio á la carrera
Encuéntranse, se chocan y rechazan,
Nubes de polvo levantando al Cielo,
Que solo alguna vez el brillo rasga
De algun acero que al herir fulgura
Ó de un rayo de sol que les traspasa.
Al aclarar despues, con ojo inquieto
Sigue Almanzor la línea dilatada
De nuestros escuadrones, y á su vista
Perdió un momento el brio y la esperanza.
No pudiendo la tribu de Alhamares
El choque resistir y la ira rauda
Del Maestre y sus bravos caballeros,
Tornan cobardemente las espaldas;
Los Gomeles los ven, vacilan, siguen
Peleando un instante; mas desmaya
Su probado valor: al fin imitan
Ejemplo tal de deshonor é infamia,

Y solo los valientes Bencerrages,
Que nunca cejan en la lid trabada,
Y el soberbio escuadron de los Zegríes
Pelean con indómita constancia.
Entonces Almanzor, en saña ardiendo,
Pica hácia los que huian su alazana,
Y con voz iracunda así los dice,
Que dominó el tumulto de las armas:
«¿Qué es esto, Granadinos? Deteneos:
¿Dónde insensatos vais, dó esa villana
Timidez deshonrosa os conduce
Cubriéndoos de baldon? Mengua tamaña
Nunca esperé de vuestro heróico brio,
Que del triunfo me dió la confianza.
¿Sois vosotros los nobles descendientes
De aquellos, que con ínclitas hazañas,
El damasquino acero en una mano
Y en la otra el Korán, su ley sagrada
Y su valor y nombre difundieron
Por cuanto alumbra el sol y el mar abarca?
En vosotros volved; no así la gloria
De siete siglos mancilleis, sin tacha:

Venid conmigo, y borrareis lidiando
La afrenta que ora vuestro nombre empaña.»
Dijo, é hincando el acicate al bruto,
Á los contrarios Almanzor se lanza;
Y al noble acento de su voz tonante,
Recobrando el valor y antigua audacia,
Las tribus fugitivas se detienen
Y á la revuelta lid tornan osadas,
Siguiendo á tu hijo y á la corva estela
Que deja su sangrienta cimitarra.
Entonces fué, Señor, cuando á su colmo
Del combate feral llegó la rábia:
Entonces cuando el ángel de la muerte
Tendió en el campo sus sombrías alas.
¡Ay! ¡Y cuántos valientes sucumbieron
Á su impulso cruel! Una bandada
De buitres en el aire se cernia,
Que el bárbaro festin hambrienta aguarda;
Palideciendo el sol á tal estrago,
Su disco nos veló tras nube cárdena;
Las antes limpias cotas, con la sangre
Perdieron sus fulgores empañadas,

Y en torrentes de sangre el llano tinto
Un campo de amapolas semejaba:
De modo que en el Cielo y en la tierra,
En el espacio, en las rompidas mallas,
¡Sangre y sangre no mas los ojos vian!
¡Sangre y sangre doquier nos rodeaba!
Por fin, de tanto horror compadecido,
Vuelve el profeta por su causa santa,
Y el valor redoblando de los nuestros
Vibra sobre el infiel su diestra airada.
Todos allí cayeron.... Uno solo
Que el pendon de Castilla se llevaba,
Al lanzarse á un inmenso precipicio
Que hay cerca de Guadix, así nos habla:
«Si quereis mi bandera, en esta sima
Podreis junto á mis restos encontrarla.»
De suerte, gran Señor, que nada resta
De las soberbias huestes castellanas.

SONETO V.

¡Sueños que la encantada fantasía
Reflejó en su cristal rico en colores,
Ya habeis desparecido, mústias flores
Marchitas ¡ay! por la esperiencia fria;

¡Tú sola, eterna flor del alma mia,
Anhelo de mujer, sueño de amores,
Cual de mi juventud en los albores
Siempre constante el corazon ansía!

¡Oh! Ven á mí mujer; pero abrasada
Como yo en sed de amor, tu pecho herido
Con la llama inmortal que el mio encierra,

Y beberé mi vida en tu mirada,
Y besando tus pies agradecido
¡Como á mi Dios te adoraré en la tierra!

LA REINA DE LOS CAMPOS.

Toda es murmullos el aura,
Todo luz en el espacio,
Todo flores en la tierra,
Todo cristal en los lagos,
No bien al rayar el dia
En el Oriente rosado
Por las rociadas praderas
Vá la reina de los campos.
Vedla: olorosa guirnalda
De siempreviva y de nardo
Ciñe sus negros cabellos.
Sus ojos son dos acianos,
Como los Cielos azules,
Como las estrellas claros.

Desnuda lleva la frente,
Desnudo el moreno brazo,
Desnudo el pié que acaricia
La blanda yerba del prado;
Solo oculta el blanco seno
Entre el pañizuelo blanco,
Para que el sol envidioso
No le manche con sus rayos.
Canta, y al ave enamora
Que la sigue revolando,
Y el céfiro embebecido
Repite despues su canto.
Allá del repuesto bosque
Entre el verdor solitario
Tiene su lecho que adornan
Doseles de frescos pálios,
Y allí descansa tranquila
De su virtud al amparo.
Ella de la honesta fuente
En el cristal sosegado
Se mira, toca el cabello
Y pule el tierno regazo.

Los nogales de la selva,
Las moras de los vallados,
Blanca leche, rubias mieles,
Son sus manjares mas gratos.
Ella presiente las lluvias,
Y al labrador descuidado
Avisa, porque en la parva
No se deje el rico grano.
Ella aparta de las sendas
Los espinos y los zarzos,
Porque al cruzar los corderos
No enreden el vellon cándido.
Ella advierte al ave incauta
Que vuela al oculto lazo,
Y en los árboles donceles
Poda los dañinos ramos.
Los pastores la saludan
Cuando se acerca al ganado
Que bala alegre, y los perros
Gozosos lamen sus manos.
Y no hay suspiro en la brisa,
Ni gorjeos en los pájaros,

Ni flores en los oteros,
Ni estrellas en el espacio,
Ni insectos entre la grama,
Ni peces en el remanso,
Que ella no conozca, y cuide
Y regocije al mirarlos;
Pues por el bien que los hace
Es la reina de los campos.

FIESTA DE TOROS EN GRANADA.

Una tarde de abril, clara y serena,
Toda la flor del granadino reino
En Bibarrambla estaba, celebrando
Una lidia de toros en obsequio
Del Rey Alboacén, que en igual dia
Las riendas empuñó de aquel imperio.
Un toro cordobés, de noble estampa,
Ardientes ojos, levantado cuello,
La estensa plaza recorria, dando
Á los mas fuertes corazones miedo.
El valeroso Alí perdió su yegua
Y se salvó de su furor huyendo,
Y Benzaide de Gomel halló la muerte
Donde buscaba de la gloria el premio.

Ya Muza y Almanzor se apercibian
Para bajar al coso, cuando dieron
Aviso al Rey de que su vénia espera
En la puerta de Elvira un nazareno
Para entrar en la lidia; y otorgada,
Vióscle aparecer en el momento.
Sobre un potro andaluz noble y brioso,
Manchado cual los tigres del desierto,
Que el purpúreo pretal baña en espuma
Y arquea airoso los delgados remos;
Galan, gentil, de juveniles años,
Con traje de morado terciopelo
Que el brillo muestra de su hidalga cuna,
En la ancha plaza penetró un mancebo.
Del circo en la mitad al Rey saluda
Y á las damas la frente descubriendo:
Descabalga despues, la espada empuña
Y se dirige al toro en el momento;
El bruto cordobés la tierra escarva
Y se arroja al doncel, que esquiva el cuerpo,
Y entre asta y asta en la cerviz erguida
Le hunde hasta el pomo el toledano acero.

Cae, el azul airon le arranca entonces
La espada recobrando al mismo tiempo:
Con su acerada punta y con la sangre
Del vencido animal, en el trofeo
Escribe un nombre, monta con presteza
Y se encamina al catafalco régio.
Detiene allí el corcel, saluda, clava
El airon de su espada en el estremo,
Le da á la Reina, y abandona el coso
Entre la aclamacion de todo el pueblo.
El Rey miró el liston; en él estaba
Escrito un nombre de inmortal recuerdo
En la futura edad: el de Gonzalo,
Á quien Gran Capitan llamaron luego.

LA ONDINA.

Reina la noche de plácidos sueños cercada,
La luna argentada ostenta en el Cielo su luz,
Las olas del golfo en tumbos se estienden y juegan,
Las silfas plegan sus cándidos velos de tul.

Besa favonio
El mar ausonio,
Hinche la lona é impele la barca veloz;
Canta la ondina,
Su voz divina
Se une al murmullo del agua y del aura á la voz.

«¡Pescador, iza,
La lona riza,
¡Ay, detente y escucha el suspiro de amor!
Yo soy tu amada,
Muerta, anegada,
Que ha renacido mas bella á otra vida mejor.

»Ven á las olas,
Gozarás mis dulces amores
En islas de conchas y flores,
En grutas de ámbar y coral;
¡Oh! Ven, mi amado,
No mires la verde ribera,
Que en el fondo del mar te espera
Amor y placer inmortal.»

Reina la noche de plácidos sueños cercada,
La luna argentada ostenta en el Cielo su luz,
Súbito rasga sus ondas la mar cristalina,
Canta la ondina en su seno de diáfano azul.

LOS DOS ANGELES.

Muy niño perdí á mi madre,
Viví de mi padre lejos,
Dos ángeles, mis hermanos,
Niños volaron al Cielo;
No tengo hogar, ni familia,
Ni esperanza, ni recuerdos.

Los mil rumores del mundo
Llegan á mí como el eco
De una voz desconocida.
Moverse á los hombres veo
Como las olas del mar
Agitadas en su centro.

Poder, riqueza, fortuna,
Gloria, creencias, derechos,
Palabras que en son distinto
Se confunden en el viento,
Cual las aristas que eleva
El torbellino revuelto:

Yo percibo esas palabras,
Revelacion del deseo
Que agita el alma del hombre
En inestinguible anhelo,
Que mece al nacer su cuna,
Que sella al morir su féretro.

El camino de la vida,
Oscuro, quebrado, inmenso,
El hombre cruza entre abrojos
Que hieren su alma y su cuerpo;
Y yo solo estoy inmóvil
En la linde del sendero.

Brilla un punto luminoso
En el horizonte etéreo,
Que ya esplende en luz henchido
Ó ya se oculta un momento,
Convulso como el relámpago,
Inmóvil como el lucero.

Fija la ansiosa mirada
En ese fanal eterno,
El hombre la áspera ruta
Prosigue con rumbo incierto,
Con alientos de gigante
Y con fuerzas de pigmeo.

Unos cercano le miran,
Otros le contemplan lejos,
Muchos le ven en la tierra,
Pocos en el firmamento;
Quién le cree astro de gloria,
Quién resplandor del infierno.

Tambien yo lucir le he visto,
Pero entre sombras cubierto,
Indiferente mirando
Sus misteriosos reflejos,
Cual mira al faro el marino
Surta su nave en el puerto.

Mas al ver la humanidad
Impulsada en loco anhelo
Tras esa sombra brillante,
Quizá de su mente sueño:
¿Qué es? pregunté. *¡El porvenir!*
Mil voces me respondieron.

¡Triste de mi! esclamé entonces.
¿Qué soy yo en el universo,
Ciego á tantos resplandores,
Helado entre tanto fuego,
Sin sentir ese infinito
Que lleva el hombre en su seno?

El universo, que es Dios,
Encierra mundos sin cuento,
De los cuales es la tierra
Un mundo de mundos lleno:
Cada hombre es un mundo y una
Idea del Sér Supremo.

Y en ese mundo del hombre,
En ese cósmos completo
Del alma y la mente humanas,
¿Seré yo un sér intermedio
Entre el instinto del bruto
Y el humano pensamiento?

Ese impulso que me falta,
Ese calor que no siento,
Ese astro que no me atrae,
Esa meta que no veo,
¿Es aridez de la planta
Ó esterilidad del suelo?

¿Es mi corazon tan grande
Que encuentra el mundo pequeño?
¿Es Dios, que porque le teme
Limita mi entendimiento?
¿En pos de este caos del alma
Será el *Fiat lux* del génio?

¡Orgullo, mezquino orgullo
Que vive de su veneno!
¡Yo que me aparto del hombre
En su generoso esfuerzo,
Le sigo en las vanidades
De su espíritu soberbio!

¡Sombra que estás entre sombras
Gravitando en mi cerebro,
Acento de la conciencia
Siempre para mí en silencio,
Reveladme mis destinos:
Huye, sombra; háblame, acento!

Era la tarde: sentado
Junto á una senda que cruza
Un bosque, oia en silencio
Esos rumores que turban
La paz del campo, y el alma
De melancolía inundan.
El sol bajaba á Occidente,
Nadando en mares de púrpura,
Y en el lejano horizonte
Rayaba apenas la luna.
De pronto sentí mi pecho
Helarse en mortal angustia,
Y limitar mis miradas
Nieblas de sombras confusas.
Sentí como si una fibra,
En mi corazon oculta,
Estallase de repente
Vibrando con fuerza suma.
Luego serpeó en mis venas
Llama de fuego convulsa,
Que se exhaló entre suspiros
Y lágrimas de amargura:

Postrer aliento de un alma
Que ya no suspira nunca,
De unos ojos ya agotados
Candentes lágrimas últimas.
Luego, entre la luz primera
Que proyectaba la luna
Sobre una verde colina,
Ví elevarse la figura
De un ángel, ceñido en lauros
Y envuelto en flotante túnica.
Despues escuché un acento
Cual el trino que modula
El ruiseñor, como el aura
Que en las florestas susurra:

«Cuando tu alma desprendida
De las regiones etéreas
Vistió la carne del hombre,
Yo viví contigo en ella:
Yo, como tú, sometido
Á ese impulso que nos lleva

Á cumplir las misteriosas
Leyes de la Providencia,
Dí claridad á tus ojos,
Horizonte á tus ideas
Y pensamientos mas grandes
Que la humana inteligencia:
Te hice ver la creacion
Mas esplendorosa y bella,
Y dirigí tus miradas
Á ese Occeano sin riberas
Que está mas allá del mundo,
En donde el alma se anega
Si un solo instante abandona
Su cárcel de la materia.

Ángel de la poesía
Yo te animé con mi esencia.

Mas ¡ay! como tú incompleto,
Lleno cual tú de flaqueza,

No pude del cuerpo humano
Romper las duras cadenas.
¡Triste destino en el mundo
El destino del poeta,
Solo superior al hombre
En conocer su miseria!
Águila que alza su vuelo
Á las celestes esferas,
Y por el sol deslumbrada
Luego halla oscura la tierra;
Voz que se estingue en el viento
Al pronunciar el *euretka;*
Aroma en rico pebete
Que perfumando se quema;
Tiene vida y la destruye,
Siente el amor y le huella,
Toca el oro y le hace polvo,
Y muere al tocar la meta;
Acaso en las metempsícosis
Del alma y de la materia,
Es un principio venido
Temprano ó tarde á la tierra.

Yo que he vivido en tu alma,
Ahora me desprendo de ella,
Obedeciendo á ese impulso
Poderoso, que nos lleva
Á cumplir las misteriosas
Leyes de la Providencia.»

Dijo el ángel, y tendiendo
Al aire la blanca pluma,
Por los etéreos espacios
Voló á la celeste altura.
Yo miré su raudo vuelo
Entre las sombras nocturnas
Á la luminosa estela
Que de sus alas fulgura...
¡Adios vida de mi alma!
¡Adios ensueños que cruzan
Por vez postrera en mi mente,
Prismas de zafir y púrpura
Que deslumbraron mis ojos!
¡Adios inefable música

Del canto de los poetas!
¡No me halagareis ya nunca!...

Súbito, á la clara luz
Que proyectaba la luna
Sobre la verde colina,
Ví elevarse la figura
De otro ángel, que en negros velos
Vagos contornos dibuja.
Luego oí un grave concento
Cual el que triste murmura
El céfiro entre los sáuces
Que prestan sombra á la tumba:

«Hombre, levanta la frente
Cargada de pensamientos,
Falsos como tus dolores,
Cual tu miseria pequeños.
Tierra apegada á la tierra,
Tú no levantas tu vuelo

Á mas altura que el átomo
Que agita un soplo de viento.
¿Qué bien finito fué bien,
Cuándo fué verdad un sueño,
Ni cuándo un sol que se apaga
Es igual al sol eterno?
Tú lloras cuando debieras
Gozar el primer contento,
Sentir nuevas esperanzas,
Aspirar álitos nuevos.
Ven á mí: yo soy el ángel
De la muerte; yo revelo
El mundo desconocido;
Yo aclaro el espacio denso
Que hay en la vida y la muerte;
Con mi plenitud yo lleno
Ese vacío del alma;
Yo soy el astro, el lucero,
El porvenir que en la tierra
Sigue el hombre en loco anhelo.
En mí encontrarás la vida
Cuando descanse tu cuerpo

En el sepulcro, penumbra
De la muerte; y en mi seno
Reclinado, ascenderás
Á esos espacios inmensos
Donde la luz no se estingue,
En donde el bien es eterno,
Donde *el ideal* es Dios
Y *el porvenir* es el Cielo.»

CASIDA (1).

Seis lunas há que tu rigor deploro
De la sombría noche en el silencio;
Pero nunca penetran mis cantares
De tu cerrado mirador los hierros...
¡Ábrele por piedad! ¡Ah! ¡No comprendes
Cuánto, Zoráida, por mi amor padezco!
Solo en Sevilla; ausente de mi padre,
A quien hijo cruel desobedezco
Con ausencia tan larga, y esquivando
El sol que vió mis infantiles juegos;
Distante de mi patria y de mi tribu,
Cuando de tí me aparto, el desaliento

(1) Composicion poética entre los árabes.

Llena mi corazon, y creo ahogarme
Entre estos muros lóbregos y espesos;
Auras de libertad mi pecho ansía,
La tienda sombreada de palmeros,
La caza del leon, las anchas playas,
El cielo de coral, el sol espléndido:
Ante mis ojos las gacelas cruzan,
Los címbalos escucho del camello,
Y en mi delirio é ilusion esclamo:
¡Ah! ¡Zoráida, Zoráida, y el desierto!
Pero te vuelvo á ver, y como el iris
Disipa al punto los nublados densos,
Así tu vista mis memorias borra,
Y me abraso en tu amor y de amor muero.

SONETO VI.

Silfas hermosas que en el bosque umbrío
Hánme dicho habitais entre las flores,
Y en palacios de nácar de colores
Allá en el seno azul del fresco rio:

Ora bordeis con perlas del rocío,
Ó enseñeis á cantar los ruiseñores,
Dejad vuestros cuidados y labores
Y propicias venid al ruego mio.

Yo una noche, entre el rayo de la luna,
Ví una beldad, que me robó al momento
La sombra de las nubes importuna;

Y por tanto, os invoco con mi acento
Por ver si es ella de vosotras una,
Ó ilusion nada mas del sentimiento.

EN LA PLAYA.

Héme ya en tu ribera! El alma mia,
Occeano gigante,
De tus playas distante
Tu sublime hermosura presentia;
Y hoy que mi vista ansiosa se recrea
En admirarte, siento
¡Oh mar! que eres mas grande que la idea
Que concibió de tí mi pensamiento.
Cantarte quise con altivo aliento;
Pero al ver á mi lado
Tu inmensidad en calma,
Á tu inmortal grandeza anonadado,
La inmensidad de Dios pesa en mi alma.

¡Oh y cuán portentoso
Es tu poder, Señor! Tu mano fuerte,
Que hizo brotar las fuentes de la vida
Que llena los espacios de la muerte,
Pudo tan sola reprimir la saña
De ese coloso, que en eterno amago
De polo á polo al universo encierra;
Tú solo impides el tremendo estrago
En que amenaza sepultar la tierra;
Tu mirada ilumina
Su abismo tenebroso, si el sol bello,
Lanzando al mundo el último destello,
Su aúrea sien reclina
En lechos de esmeralda cristalina.

¡El sol! Tú únicamente
Eres mas grande ¡oh mar! Que el primer dia
Él brotó de la mente
Del Supremo Hacedor, y tú increado
Cuando todo nacia,
Solo igual á tí mismo

En la noche del caos se cernia
El Espíritu-Dios sobre tu abismo.

¿Y habrá quien al mirarte
Y sienta en sí la inspiracion divina
Cante las glorias del sangriento Marte
Y los horribles triunfos de la guerra,
Donde entre luto y ruina
Destrúyense los hombres inhumanos,
Enjambres de gusanos
Que se disputan átomos de tierra?
¡Ah! Es que el alma humana,
Soberbia como tú, cual tú infinita
En su eterna inquietud, lucha y se afana,
Y no cabe en el mundo en que se agita;
En ese ardiente anhelo de que vive
La creacion, misterio que concibe
Del Hacedor la inteligencia sola;
En ese afan sin nombre,
En tí luchan ¡oh mar! ola con ola
Y en el mar de la vida hombre con hombre.

Cual cruzan por tus senos cristalinos
Cien mónstruos espantables
Y peces en escamas purpurinos,
Y entre la espuma que el color le roba
Al ampo de la nieve
Surgen el alga y la amarilla tova,
Así por el humano pensamiento
Entre ideas de paz y bienandanza
El mal cruza de crímenes hambriento;
Hasta que llegue el dia venturoso
En que la esfinge del dolor vencida,
Para el hombre en reposo
Luzca la aurora de esperanza y vida.
¡Cuándo será, Señor, que el ódio infando
Y la homicida guerra
Se hundan por siempre en el abismo! ¡Cuándo
Será el Reino de Dios sobre la tierra!

¡Oh mar! Tu vista, que me exalta, evoca
Esos sueños de un bien quizá imposible,
Que van cruzando por mi mente loca.

Arde mi fantasía,
Sufre mi corazon... eleva, eleva
Tu oleaje turbulento:
¡Cuán dichoso sería
Si pudiese apagar en tu honda fria
La llama que me abrasa el pensamiento!
¡Cuán feliz oiría
Rodar la tempestad, que en fuego inunda
La esfera tenebrosa,
En ella desatándose iracunda!
¡Oh, sí! ¡Ven, huracan, ruge violento,
Escala el firmamento
Sobre moles de líquidas montañas;
Relámpagos, arded en la alta cumbre,
Fermente el mar vuestra convulsa lumbre,
Volcanizad sus húmedas entrañas;
Que ese fragor sublime
Ahogue el rumor de la tenaz idea
Que en mi frente golpea
Al recordar la humanidad que gime!

¡Delirio! ¡Todo en calma!
El sol se ostenta en el zénit radiante,
Y no hay mas tempestad que la incesante
Que ruje en los abismos de mi alma.
El estro, que un instante
Vino á animar mi pecho padecido,
Cual tu eterno gemido
En las playas espira...
Canto la última vez; á tu onda inquieta
Arrojo mi corona de poeta,
Y en tu ribera ¡oh mar! rompo mi lira.

EL FARO DE AMOR.

FANTASÍA.

A MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.

EL FARO DE AMOR.

FANTASÍA.

LAS SILFAS.

I.

Brian, el gentil mancebo,
Es honor de las montañas,
Y en la guerra sus hazañas
Ya ha cantado el Trovador.
Suyas son las vastas selvas
De Rícmont y Clid-des-dale,
Y ninguno hay que le iguale
En nobleza y en valor.

El Rey le armó caballero
De sus hazañas prendado,
Y detenerle á su lado
En vano quiso en la paz;
Porque á Brian mas que cantos
de damas y de donceles,
Le agrada de sus lebreles
El ladrido montaraz.

Apenas por el Oriente
Muestra el sol su lumbre roja,
Brian del lecho se arroja,
Incansable cazador;
Y aun cuando ya en la alta noche
La luna el bosque ilumina,
El eco de su vocina
Causa á los ciervos temor.

Mas una tarde, cruzando
Por la colina de Lora,

Vió á Elina, la encantadora,
En su aromado vergel:
Desde entonces en los sotos
No se escuchan todo el dia
El ruido de su jauría,
Ni el trotar de su corcel.

Elina es niña y hermosa,
De tez de carmin y nieve,
En la que el sol no se atreve
Su ardiente huella á estampar;
La brillantez de sus ojos
Á la del sol causa agravios,
Y despide de sus labios
La aroma del nenufar.

Si suelta su voz cantando
Amorosos devaneos,
Cesa en sus dulces gorgeos
Para oirla el ruiseñor:

Si en las noches del estío
Danza con sus compañeras,
Se parece en las praderas
Á la silfa del amor.

Diz que su padre, cazando,
Á una fada encontró un dia,
Que al mirar su gallardía
Amó al cazador gentil;
Y la encantadora Elina
Fué el fruto de estos amores,
Gozados entre las flores
De las selvas del Domk-il.

Y aunque algunos aseguran
Que son patrañas de viejas,
Confirman estas consejas
Ciertos visos de verdad;
Pues ninguno ha conocido
Nunca á la madre de Elina,

Y su hermosura divina
No es de terrena beldad.

II.

Serena raya el aurora,
Y el sol esplendente y claro,
Sin que importunas neblinas
Turben la luz de sus rayos;
Las florestas le saludan
Meciendo sus verdes ramos,
Que vierten perlas brillantes
Sobre los húmedos prados;
Bulle la tórtola inquieta
En su nido solitario,
Y el huésped de la enramada
Modula su dilio canto.

«¡Qué lentas pasan las horas!
Mi padre aún no ha despertado,

Brian tal vez ya me espera
De Clid-des-dale en el llano.
¡Oh dia! Yo te saludo
Cual de mi vida el mas grato,
Pues voy á unirme al que adoro
En indisoluble lazo:
Tejer quiero una guirnalda
De siempreviva y de nardo;
Será la primera ofrenda
Que endone á mi desposado.»

Y coje flores Elina,
Se sienta orillas del lago,
Y en tanto que teje y teje
Las silfas la van cercando.

Súbito se alza del suelo
Sobre un lijero cendal;
Cuatro silfas le sostienen
Del aire en la inmensidad.

—¿Quién sois? pregunta aterrada.
¿Quién sois? ¿Dónde me llevais?

—Al reino de los encantos,
Hermosa doncella, ven;
Escucha los dulces cantos
De las hijas de Morguén.

Y cantan, vuelan y suben,
Y los montes, al pasar,
Parecen bajo sus plantas
Leves colinas no más.
Y lejos, allá, en el zénit,
Un punto se ve brillar:
Parece entre los espacios
Rico diamante oriental.

—¡Oh! ¡Perdon, perdon, dejadme!
¿Qué hice yo? Niña é incauta

Salí á la orilla del lago
Á tejer una guirnalda.
¡Ah! Si hice mal, perdonadme,
Mis pocos años me valgan;
No volveré á cojer flores,
Ni á salir en la alborada.

—Guirnaldas tendrás de estrellas
Para ceñir á tu sien;
Flores mas suaves y bellas
En el reino de Morguén.

Y vuelan, vuelan y suben,
Y de la nave en el mar
Parecen las blancas lonas
Las alas del cormorán.
Y lejos, allá, en el zénit,
Un punto se ve brillar:
Tiene de un sol la grandeza,
De una estrella el rielar.

—¡Piedad! Mi padre es anciano
Y morirá de dolor;
Yo era la luz de sus ojos,
La paz de su corazon:
Nada le resta en la tierra
Así que le falte yo;
Dejad que torne á su lado,
Dejadme volver por Dios.
¡Brian!... Aquí se enmudece,
Brilla en su rostro el rubor,
Como en la sierra nevada
De la amapola el boton.

—Ven, hermosura hechicera,
Á los brazos de Morguén,
Que en ellos allí te espera
Amor maternal tambien.

Y vuelan, suben, y al verlas
Como un ensueño cruzar,

Ceñidas de vaga auréola
De impalpable claridad,
Esferas y astros suspenden
Su armonioso rodar.

En el círculo que forma
La cabellera del sol
Hay Océanos inmensos
De infinito resplandor:
Un palacio transparente
Brilla en aquella region,
Cual brilla en aúrea corona
Un diamante del Mogol.
Las silfas suben, y llegan;
De sus alas al rumor,
Se abren las puertas de nácar
De la encantada mansion.

EL REINO DE LOS ENCANTOS.

I.

Del alba nacarada los claros arreboles,
Del sol cuando en el zénit se posa el esplendor,
De la serena tarde los suaves tornasoles,
Y de la luna el ténue, dulcísimo fulgor;

Su albor y sus crepúsculos, sus rayos y sus tintas
Derraman en el éter juntándolos allí,
Y forman de sus luces opuestas y distintas
Un prisma transparente de fuegos de alelí.

Un céfiro suavísimo,
Como la miel hiblea,
Sobre la frente cándida
De Elina juguetea,

Y su turgente seno
Besa de aromas lleno,
Su cabellera riza
Y entre ella se desliza,
Bebe en sus negros ojos
La luz resplandeciente,
Y entre sus lábios rojos
Al fin se va á posar.
Elina embelesada
Aspira sus olores;
Absorta y embriagada
De luz y de colores,
Siente un placer insólito
Su corazon llenar.

«Venid, ya ha llegado
Al nido de aroma
La blanca paloma
Que adora el Domk-il:
Tended las alas fúlgidas,
Cruzad los vientos rápidas
Y en armoniosos cánticos

Las gracias celebremos de su beldad gentil.
¡Venid, silfas, venid!»

Y vuelan las silfas,
Y vienen y van,
Y son de sus pasos las rápidas huellas
Movibles estrellas
Que admira un momento absorto el mortal.
Y cantan y cercan gozosas á Elina,
Siguiendo con ella su vuelo fugaz.

Luz, perfumes y flores,
Jardines de alelíes
Con tallos de cristal,
Claveles de rubíes,
Palmeras de esmeralda con pomas de coral.

Gacelas de pies de oro y coronada frente
Triscaban en los prados
Sembrados
De zafir;
Aves de dulce canto

Y pluma reluciente
Trinaban suavemente
Ó estremecian ráudas del céfiro el turquí.

«Ven, hermosura hechicera,
Eterna dicha á gozar,
Que ya de Morguén te espera
El ósculo maternal.»

Y cantan las silfas y cercan á Elina,
Siguiendo con ella su vuelo fugaz.

Murmuran suavemente arroyos bullidores,
Se oye de arpas éolias armonioso son,
Columnas de oro tíbar con cúpulas de flores
En pórticos se enlazan de mágicas labores
Y piérdense á lo lejos del aire en la region.

Y allá, al fin de una inmensa,
Soberbia gradería,
Entre miles de soles
Resplandeciente sol,
Un trono que circunda
Bullente pedrería
Domina en el espacio de la feliz mansion.

Un rio de aguas serenas
Con armonioso rumor
Al lado murmulla apenas
Del trono deslumbrador;
Cisnes de blanco plumaje
Esponjan la pluma en él,
Alzando al azul celaje
Perlas que caen á la tierra,
Y luego en conchas encierra
El mar de Coromandel.

II.

Bella como la dicha tras el dolor pasado
Y mas que la esperanza en medio del dolor,
En el sólio magnífico sentada muellemente
La Reina de las silfas se ostenta en su esplendor.

Y raudas como el curso
De la tártara vela,
Que de Indostan el viento
Impele sin cesar,
Y en el inmenso Bósforo
Fantástica riela,
Mientras canta en las olas
El calvo cormorán.

Las silfas van siguiendo su vuelo portentoso,
Y ellas y Elina, absorta, llegan del trono al pié,
Y todas se prosternan humildes, deslumbradas
Á los rayos de gloria del rostro de Morguén.

La Reina encantadora
Se ostenta soberana.
¿Qué voz, qué lengua humana
Pudo nunca espresar
Los mágicos hechizos
Que ostenta y que atesora
En su divino rostro
De Morguén la beldad?

Del iris los colores
Brillan en su ropaje,
Y su flotante túnica
Es de celeste azul,
Mas puro que del Cielo
El diáfano celaje
Cuando el sol le ilumina
Con su postrera luz.

El aura agita leve
Su cabellera blonda,
Dó lucen esplendentes
En rica variedad

De Calicút diamantes,
Y perlas de Golconda,
Y rosas de Benares,
Y aromas de Sabá.

Despide de sus labios
Suavísima fragancia,
Que los espacios llena
De delicioso andel;
Y al sentir su perfume
Humillan su arrogancia
El nardo, la azucena,
La rosa y el clavel.

Habla, y su voz es suave
Como el céfiro blando
Que juega entre los árboles
Que verdeó el abril,
Cual el limpio arroyuelo
Que pasa susurrando
Y cayendo en el rio
Muere en el mar en fin.

«¡Oh! Ven, ven á mis brazos, Elina idolatrada,
Que si un dia, cediendo al ruego de un mortal,
Te abandoné en la tierra de lágrimas regada,
Justo es que ya recobres tu orígen inmortal.»

Dijo, y entre sus brazos
Con cariñoso afan estrecha á Elina;
Y al ver tan dulces lazos,
Suspende aquella esfera cristalina
Su armonioso rodar: blancas estrellas
Desprendidas del aire se eslabonan,
Y juntas todas ellas
La sien ciñen de Elina y la coronan.

«¡Ya llegó la paloma á su nido!
Miradla en el reposo del seno maternal:
De Morguén en el labio ha bebido
Elíxir dichoso de vida inmortal.»

Dicen las silfas
En blando coro,
Dulce, sonoro,

Cual el temblante
Flebil sonido
Que susurrante,
De aroma henchido,
Alza favonio
Que el mar ausonio
Rizando
Vuela,
Redondeando
La blanca vela
Del pescador;
Ó como en calma
Tierno murmura
Entre la palma
De una hermosura
Muerta de amor.

Las flores
Exhalan
Olores
Que el céfiro

Desparce
Galan.
El rio
Rumores
Eleva
De amores
Su márgen
Ameno,
Sereno,
Al bañar.

Peregrinos
Trinos,
Suaves
Aves
Dan.

ELINA.

I.

Es una tarde de Otoño,
Melancólica y serena;
El sol declina á su ocaso
Y en Occidente se vela;
Despréndense de los árboles
Marchitas las hojas secas,
Y en fugaces remolinos
El viento del mar las lleva;
Se escucha el canto lejano
Del pastor en la pradera,
Y las esquilas sonoras
Del rebaño que sestea.
Una de esas tristes tardes
En que el corazon se llena

De dulce melancolía,
De indefinible tristeza.
Del mar en la húmeda playa,
Sobre una roca que eleva
Moles de inmenso granito
Donde las olas se quiebran,
Un hombre inmóvil, sentado
En una encumbrada peña,
Sobre las manos cruzadas
Reclinada la cabeza,
Con miradas distraidas
Ve el agua que á sus pies llega.
Es Brian: sus negros ojos
Se inclinan hácia la tierra,
Y su frente, antes altiva,
Ahora está de surcos llena.
Ya no es el noble mancebo
Sin par en la gentileza,
Orígen de los suspiros
De las serranas mas bellas;
No el cazador incansable,
Famoso por su destreza,

Terror del lobo en los montes
Y del venado en las selvas;
En el hogar abandona
Colgado el arco y las flechas,
Y botan sus nobles potros
En las cuadras, de impaciencia.
¡Ay! Desde el infausto dia,
Nacido con mala estrella,
En que á su Elina esperaba
Con amorosa impaciencia,
Creyendo llamarla esposa
Y lograr el bien que anhela,
Y no pareció su Elina,
Y nadie ha sabido de ella,
Y en vano surcó las ondas,
Y en vano cruzó las sierras,
Buscando su bien perdido
Que el desdichado no encuentra;
Hasta que al fin la esperanza
Murió en su pecho, y no riega
El llanto ya su mejilla
Y secos sus ojos quedan.

Brian aguarda la muerte
Que juzga fin á sus penas.

Y todas las tardes, cuando
Termina el sol su carrera,
Sentado en aquella roca
Donde otra tarde serena,
La víspera de aquel dia,
Nacido con mala estrella,
Vió á Elina, y en dulces pláticas
La felicidad suprema
La pintó, que le esperaba
No bien el alba saliera,
Y ella le escuchaba absorta
Entre turbada y risueña;
Ahora triste y solo viene,
Medita allí y se recrea
Con las amantes memorias
Que aquel sitio le recuerda.

Allí está, fijos sus ojos
En la mar que á sus pies llega.

Súbito, siente á su lado
Un canto que flebil suena
De una voz, que en otro tiempo
Tambien oyó, y le embelesa.
Luego fugaces suspiros
Percibe, sollozos, quejas,
Y suspenso, delirante,
Mira á cuanto le rodea,
Reteniendo los latidos
De su corazon... ¡Quimeras!
¡Sueños que el alma delira!
¡Esperanzas halagüenas!
La playa está solitaria,
La roca siempre desierta...

Brian se sienta otra vez,
Mira otra vez las inquietas

Olas, que en rápidos tumbos
Contra el peñasco se quiebran.

Mas ved: ¿por qué se levanta?
¿Qué espera asir con sus trémulas
Manos, que en el aire agita?
¿Por qué sus pupilas negras
Brillan como en otro tiempo?
¿Á quién llama? ¿Á quién espera?
¡Ay! Es que un beso süave
Rozó su mejilla apenas,
Y ¡Brian! clamó á su oido
Una voz débil y tierna.

«Elina, ¿Dónde te ocultas?
¿Por qué ante mí no te muestras?
¡Oh! ¡Ten piedad de mi llanto!
¡Véate yo, y luego muera!...»

II.

«Brian, amado mio,
Ya resistir no puedo;
Á tus plegarias cedo,
En tus brazos me ves:
De tu placer solícita
Vuelvo á tu lado amante.
¡Ay! Goza tú un instante,
Y muera yo despues.

»Velada de la niebla
Entre las densas brumas,
Ó bien en las espumas
Del tormentoso mar,
Ó del rayo del héspero
Entre la luz sombría,
Un dia y otro dia
Te he visto sin cesar.

»Ya lágrimas vertias,
Ya triste suspirabas,
Ya, ingrato, me acusabas
De pérfida y cruel;
Y en tanto que así injusto
Culpabas mis rigores,
Moria en tus amores
Tu enamorada fiel.

»Mil veces he querido
Mostrarme en tu presencia,
Premiando la violencia
De tu pasion leal:
Mas ¡ay! la tumba helada
Tragará mis despojos,
No bien ante los ojos
Me muestre de un mortal.

»¿Qué importan las delicias
Del reino del encanto,

Si mísero tú en tanto
Suspiras ¡ay! por mí?
¡Ah, no! Para tu Elina
No hay dicha ni consuelo
Ni en las glorias del Cielo
Gozándolas sin tí.

»Por tí dejo á mi madre
Y la feliz morada
Á donde, desterrada,
No volveré jamás.
¿Qué importa? Este momento
En que en amantes lazos
Me estrechas en tus brazos,
Vale mil veces más...

»Pero ya de mi frente
Mi corona de estrellas
Despréndese... y con ellas
Mis alas caen tambien...

El frio de la muerte
Llena mi pecho helado...
Ya tu semblante amado
Turbios mis ojos ven.

»Adios... sobre esta roca
Erigirás mi tumba...
Si la tormenta zumba
Mi sueño arrullará...
Al borde de su losa
Nacerá una azucena...
Ella á tu amarga pena
Consuelos prestará.

»El alma mia, presa
Entre sus blancas hojas,
Oirá tus congojas,
Calmará tu dolor...
Y no temas que el cierzo
Destruya su hermosura...

Eterna será y pura...
Como lo fué mi amor.

»Adios... Yo anhelé amante
Ser tu esposa adorada...
Mi estrella desdichada...
No lo ha querido... así...
Recibe de mis labios
El beso postrimero...
Yo... adorán...dote... muero...
No... te... olvides... de... mí...»

Há mas de seiscientos años,
Segun antiguos autores,
Que llorando sus amores
Bajó al sepulcro Brian;
Y aún la flor cándida y bella
Su pálida frente inclina
Sobre la tumba de Elina,
Donde sus restos están.

De dia es solo una dulce,
Tímida, casta azucena,
De suaves perfumes llena,
De pureza virginal;
Pero en llegando la noche,
Sus hojas se transparentan,
Y tan diáfanas se ostentan
Cual puro y limpio fanal.

Las largas hebras sutiles
De su pétalo amarillo,
Lanzan refulgente brillo
De infinita claridad;
Y el viajero que de Escocia
Cruza los mares, la admira
Como una estrella que gira
Del Cielo en la inmensidad.

Pero el ojo ejercitado
Y perspicaz del marino,

Sabe su fulgor divino
Distinguir de otro fulgor:
Bendice mil y mil veces
Su brillo perene y suave,
Y á ella guiando su nave,
La llama El Faro de amor.

ÍNDICE.

	Páginas.
Mis sueños	1
Soneto I.—En la traslacion de los restos de Napoleon	9
Historia del amor	11
El cántaro roto	17
Soneto II.—Despedida	19
¡Amor!—Imitacion de Espronceda	21
Recuerdos	29
En la márgen del Tajuña	31
Tú y yo	39
Soneto III.—Á un jardin donde acostumbraban á jugar unas niñas	41
Á mi madre	43
Al sol	45
Soneto IV	53
La flor de mi ventana	55
Deseo é impotencia	63
La batalla de Guadix	69
Soneto V	77
La Reina de los campos	79
Fiesta de toros en Granada	83
La Ondina	87
Los dos Ángeles	89
Casida	103
Soneto VI	105
En la playa	107
El Faro de amor.—Fantasía	113